

ALEXANDER W. REED

CUENTOS MAORÍES

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2017

El editor agradece a Creative New Zealand la ayuda concedida
para la traducción de este libro.

The assistance of Creative New Zealand towards the translation of this book
is gratefully acknowledged by the publisher.



Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre
sobre el original inglés *Favourite Maori Legends*

- © The A. W. Reed Estate, 1999
- © The A. W. Reed Estate and Ross Calman, 2013
- © Oratia Media, 2013
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2017
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1969-1
Depósito legal: S. 203-2017
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

PREFACIO

Durante cientos de años, los bardos y los sabios de las tribus han contado estas historias cuando, cada noche, niños y adultos se reunían en la cabaña común o en la plaza.

No todos los clanes conocían todas las leyendas, puesto que cada una de ellas procede de una región diferente de las islas que componen Nueva Zelanda, esa tierra que los maoríes conocen como Aotearoa.

Debemos mucho a los sabios ancianos y a los primeros estudiosos de la tradición maorí, quienes recopilaron estos cuentos antes de que las siguientes generaciones los olvidaran. Entre los recopiladores más destacados es de justicia mencionar a J. Herries Beattie, Elsdon Best, el reverendo William Colenso, James Cowan, A. A. Grace, sir George Grey, Hare Hongi, J. H. Mitchell, el coronel C. B. Porter, Edward Shortland, el reverendo Richard Taylor, John White, C. A. Wilson y el reverendo J. F. H. Wohlers, quienes recogieron estos relatos de primera mano.

Recopilé las leyendas maoríes más populares en *Myths and Legends of Maoriland*, mientras que relatos más breves aparecen en *Maori Fables and Legendary Tales*. El libro *Treasury of Maori Folklore* contiene una amplia colección de leyendas, cuentos populares y mitos. La presente recopilación se basa en esta última obra. Mientras que las antologías más exhaustivas se han difundido apenas entre los estudiosos de la tradición maorí, este libro ha nacido con la pretensión de ampliar el círculo de lectores.

En los tiempos que corren, muchas de las leyendas que se transmitieron de generación en generación van siendo olvidadas. Sin embargo, el pueblo de Aotearoa, el de hoy y el del futuro, no debería permitir que acabaran en el olvido. Porque constituyen una parte importante del alma de la cultura maorí y porque son además patrimonio universal.

NOTA DEL TRADUCTOR

En esta versión al castellano hemos optado por ofrecer de forma abreviada la onomástica y la toponimia de los relatos originales, una práctica que también se da entre los propios maoríes (por ejemplo, el jefe Kahukiterangi se abrevia como Kahú; asimismo, Tamanui-a-rangi aparece habitualmente como Tama).

Por otra parte, la versión inglesa introduce numerosos términos maoríes con un breve léxico al final del libro; en nuestro caso hemos optado por traducir los términos maoríes también al castellano, aunque hemos mantenido algunos nombres de criaturas sobrenaturales (tales como los *patupaiarehe* o los *taniwha*) y de especies de flora y fauna (tales como *pohutukawa*, *tui* o *huia*).

I

CUENTOS DE LA TIERRA
DE LOS ESPÍRITUS

En el extremo noroccidental de la isla que está más al norte en el archipiélago de Nueva Zelanda se halla el cabo Reinga. Sobre el abrupto promontorio crecía una especie de mirto, un viejo árbol pohutukawa cuyas raíces y ramas servían de escalera para que los espíritus descendieran a través de las aguas turbulentas hasta el fabuloso inframundo.

Formando una procesión inacabable, los espíritus de los muertos se dirigían hacia ese punto de partida. En el lejano norte tan solo se oían los pasos apresurados y fantasmales de las almas. Existen historias asombrosas que hablan de personas que vieron a lo lejos grupos de viajeros dirigiéndose al norte, que desaparecían cuando intentaban acercarse y que volvían a aparecer más tarde a sus espaldas.

Las tribus del norte sabían de los gemidos y de los cambios y evoluciones de incontables formas invisibles que se percibían después de una batalla, cuando los guerreros caídos se citaban con el mundo de la luz. Se decía que era posible distinguir a los nobles de los esclavos, puesto que los primeros pasaban a la altura de los almacenes, mientras que los esclavos siempre lo hacían por debajo. Las tribus conservaban esta creencia, ya que en las ciudadelas septentrionales las puertas de los depósitos donde se guardaban los boniatos estaban orientadas al norte, dando la espalda a los espíritus que pasaban por allí, para que no entrasen y profanasen las provisiones.

A veces, en la orilla de las extensas playas y en las colinas azotadas por los vientos, los vendavales daban la impresión de hacer nudos con las hojas de lino; sin embargo, los lugareños sabían muy bien que los habían hecho los espíritus, quienes mantenían su apego a la tierra en la que habían nacido y que les había

dado el sustento. Los espíritus que habitaban en las comarcas del interior depositaban hojas de distintas especies de helecho, mientras que los que moraban en la costa dejaban hierbas de las dunas y algas.

La colina Arai, a mitad de camino, junto a la playa de Oneroa (hoy llamada de las Diez Millas), era uno de los lugares preferidos para dejar las hojas que servían de ofrenda. Más allá, en otra colina denominada Taumataihaumu, descansaban los espíritus en su larga peregrinación y contemplaban la distancia que habían recorrido. Aquí lloraban y se hacían cortes con láminas de obsidiana, tejiendo coronas de luto con hojas.

En los cerros que tenían por nombres Waihokimai y Waioioti los espíritus proferían sus lamentaciones y se laceraban el cuerpo, al tiempo que se despojaban de sus vestimentas, hechas de hojas de wharangi, makuku y horopito. De este modo dejaban atrás el mundo que conocían y, desnudos como el día en que nacieron, se preparaban para el salto final en el cabo Reinga. Una empalizada se interponía en su camino: si la pasaban por encima, aún podrían volver atrás; si, en cambio, la salvaban por debajo, ya no les quedaba más opción que continuar su camino. La tierra dejaba de verse cuando los espíritus descendían por la cara más lejana de aquella montaña.

A cierta distancia del cabo Reinga, llegaban al conocido río Waioira. Beber de sus aguas significaba decir adiós a toda posibilidad de retorno. Los espíritus que no cruzaban la corriente ni bebían de sus aguas podrían aún reunirse con sus cuerpos. De hecho, de quienes se recuperaban de una grave enfermedad se decía que habían regresado del Waioira. Al parecer, había allí un espíritu anciano que asistía a los demás en el momento de atravesar el río, brindándoles un bastón o una tabla, aunque en ocasiones les hacía regresar, alentando al guerrero a seguir cuidando de su familia.

Los espíritus que procedían de la costa este y pasaban por Takapaukura (conocida actualmente como la bahía de Tom Bowling) se veían obligados a arrostrar los peligros del río Kapowairua, donde los demonios trataban de capturarlos cuando se acercaban a la otra orilla.

Tras atravesar estos ríos, sin posibilidad ya de volver atrás, los espíritus arribaban a una pequeña playa conocida como Onierehia, ascendían una ladera y cruzaban el arroyo de Waingunguru («Las Aguas de los Lamentos»), llamado así por el sonido que hacían sus aguas al caer entre las rocas en su rápido descenso. Al final se llegaba a la cima, y el espíritu alcanzaba la cumbre del promontorio y el árbol pohutukawa, que custodiaba la entrada de Te Reinga. Hace tiempo que ya no existe este árbol legendario, aunque otro crece en su lugar o algo más arriba. El árbol original se llamaba Akakitereinga, es decir, Puerta del inframundo, y sus flores eran conocidas como Puaotereinga (La flor de la marcha del espíritu). Se dice que, después de los terribles ataques de Hongi en la década de 1820, cuando sus soldados provistos de mosquetones sembraron el terror por la zona norte de Aotearoa, las ramas se rompieron a causa del peso de los muchos espíritus que pasaron por allí.

Los espíritus esperaban hasta que las aguas arremolinadas desplazaban las algas de Motau y aparecía la entrada. Entonces se lanzaban al agua cristalina y llegaban al inframundo.

Existen dos opiniones diferentes acerca de lo que sucedía a partir de aquel momento. Si bien habitualmente se asegura que Te Reinga se encontraba justo debajo de la apertura de las algas en la superficie del mar, los maoríes también comparten la creencia propia del mundo polinesio de que las almas son conducidas hacia el sol poniente. Primero los espíritus se mantenían unidos al cuerpo el tiempo que se tarda en liberar a un recién nacido del cordón umbilical. Se sumergían en Te Reinga y emergían de las aguas en Oháu, una de las islas de los Tres Reyes que se divisa desde la cima del monte del cabo Reinga. Allí debían trepar hasta la cumbre de otro monte, donde los espíritus entonces su triste adiós:

Oháu en la distancia,
colina del último adiós.

Desde allí el camino se extendía hacia el sol poniente, llevando hasta Hawaiki, la patria. En ella se alza un famoso monte que recibe tres nombres distintos: Maungaraho, Te Tihi e Irirangi. Era

el hogar de los hijos de Rangi y Papa, el lugar donde se llevaban a cabo los ritos sagrados en honor a Io, en el renombrado templo de Hawaikinui.

Los espíritus debían cruzar el río Karokaro, donde les ayuda Rohe, el barquero. Cuando desaparecían bajo las aguas escuchaban el *mihī tangata*, el lamento de todos los difuntos que dan la bienvenida al recién llegado. El espíritu era invitado a comer y, una vez que lo hacía, no había marcha atrás.

Las siguientes leyendas narran historias de audaces mortales que visitaron el inframundo y regresaron para contarlo.

HUTU Y PARE

Hutu era un joven apuesto, hábil en el arte del tiro con arco. En cierta ocasión visitó una aldea próxima para tomar parte en los juegos que se celebraban durante las fiestas, y se coronó campeón sobre todos los participantes.

Mientras competía no se percató de que era observado por Paré, una virgen noble. Tan alta era su alcurnia que vivía como si fuera una prisionera en una casa rodeada de empalizadas y atendida por criadas cuidadosamente seleccionadas para cumplir todos sus deseos.

Paré se enamoró perdidamente del aguerrido forastero. Estaban a punto de concluir los juegos cuando una flecha disparada por Hutu cayó cerca de la mansión. Paré salió de prisa, tomó el pequeño proyectil y regresó con él al interior. Hutu la siguió hasta la puerta y le pidió la flecha, pero ella contestó que solo se la daría si traspasaba el umbral.

De acuerdo con las costumbres de la joven aristocrática, se trataba a todas luces de una declaración de amor. Hutu sin embargo desistió, pues temía la ira del pueblo si violaba la santidad del hogar. La jovencita sacudió entonces la cabeza con altivez y replicó que su gente haría lo que ella dijese. Entonces Hutu le confesó que no podía corresponder a su amor porque tenía esposa y dos hijos. Abrumada por la vergüenza y la tristeza, Paré le devolvió en silencio la flecha, cerró la puerta y, en cuanto estuvo sola, se quitó la vida.

El silencio se apoderó de la estancia hasta que los criados de Paré entraron y encontraron muerta a su señora. Como ha-

bían visto a Hutu hablando con ella, una muchedumbre furiosa lo atrapó y de inmediato fue condenado a muerte. El joven alegaba que no había tenido nada que ver con la mujer y que, de hecho, había rechazado sus insinuaciones, pero de nada sirvieron sus argumentos. Al ver que no había modo de escapar, Hutu rogó que le concedieran tres días antes de ejecutarlo. Tras discutirlo, los ancianos aceptaron su petición y, conduciéndolo a una pequeña cabaña, lo encerraron solo.

Hutu, como noble que era, recordó los encantamientos que recitaba el chamán de su tribu cuando uno de los jefes estaba a punto de morir. Los repitió, concentrándose en los hechizos más poderosos. Apenas había finalizado las oraciones, su espíritu abandonó por tierra el cuerpo sin vida y comenzó el viaje hacia Te Reinga. Atrás quedaron los guardianes. Por fin llegó al mundo de los espíritus, donde las almas de los difuntos estaban enfrascadas en sus quehaceres cotidianos. Preguntó por la noble doncella y le dijeron que había marchado a la casa que tenía preparada para ella, pero que se negaba a ver a los demás espíritus o a hablar con ellos.

El recuerdo de la habilidad que él poseía en su vida terrena hizo que Hutu trazara un plan no solo para atraer la atención de Paré, sino también con el fin de proporcionarles a ambos un medio de huir de allí. Con la ayuda de algunos jóvenes, taló las ramas de un árbol de gran altura hasta que solo quedó el tronco desnudo. Ataron gruesas sogas a la parte superior del árbol y Hutu mandó que lo combaran de modo que el árbol adoptara la forma de un arco. El intrépido joven trepó con otro de los compañeros a lo alto del tronco inclinado y ambos se agarraron firmemente a él. A su voz, soltaron las maromas y el árbol se irguió de golpe, lanzando por el aire a los dos hombres, que aterrizaron suavemente en el suelo.

Todos estaban entusiasmados y competían alborozados por participar en tan novedoso deporte. Las risas y el jolgorio hicieron que Paré abandonara su cabaña para ver qué ocurría.

Permaneció un rato contemplándolos, hasta que su mirada se cruzó con la de Hutu. Entonces sonrió y se acercó a él. Le dijo:

–Déjame saltar también desde el árbol. Pero, por favor, permíteme que me sienta a tu lado para que pueda agarrarme a ti.

Treparon juntos al árbol y Paré se aferró a su amado.

–¡Tirad! ¡Tirad! –gritaba Hutu a los de abajo–. ¡Todavía más! ¡Que el tronco llegue al suelo!

Tiraron de las sogas y el árbol crujió por la torsión, pero resistió y al final la parte de arriba llegó a tocar el suelo.

–¡Ahora! –bramó Hutu.

Soltaron las sogas, el árbol se irguió y Paré y Hutu fueron lanzados hacia arriba, a las regiones superiores del Te Reinga. Subían y subían, llegando cada vez más cerca del techo del inframundo, más cerca de las raíces de las plantas, de las algas y de los árboles que habían atravesado el suelo. Hutu se agarró a la raíz de un árbol, mientras que Paré lo hacía a su cuello. Se detuvo su vuelo y pudieron encaramarse por entre los recovecos hasta salir al mundo bañado por la luz del sol.

Caminaron de la mano por el bosque y por fin llegaron a la aldea de Paré. Allí, las dos almas entraron en sus cuerpos y aparecieron, en perfecto estado de salud, ante los demás. Todos se alegraron y exculparon a Hutu, a quien permitieron volver a su tribu.

Lo que sucedió después nadie lo sabe. Sí es verdad que los peligros que habían afrontado unieron de forma invisible a la joven pareja, pues al poco tiempo Hutu regresó y se desposó con Paré. Vivieron juntos y tuvieron muchos hijos.

Es probable que él conservara las dos esposas. En cualquier caso, la nueva se convirtió en parte de él, puesto que desde ese momento fue conocido no como Hutu, sino como Parehutu.

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
I. CUENTOS DE LA TIERRA DE LOS ESPÍRITUS	9
<i>Introducción</i>	10
Hutu y Paré	15
Pulawi	19
Tama y Ruku	25
Hine	33
II. CUENTOS DE PATUPAIAREHE	39
<i>Introducción</i>	40
Ihenga y los patupaiarehe	43
Ruru	47
Los patupaiarehe de los montes Takitimu	53
Kaumariki	57
III. CUENTOS DE TANIWHA	61
<i>Introducción</i>	62
Hotupuku	65
El taniwha parlante de Mamaku	71
El taniwha de Kaipara	77
Te Kaiwha	81
IV. CUENTOS DE CRIATURAS SOBRENATURALES, GIGANTES Y HOMBRES VOLADORES	85
<i>Introducción</i>	86
Kopuwái de los Matáu	89
Hoúma y Ute	93

Te Ngarara	101
Ruahine	107
Las esposas de Kametara	113
Toangi	119
Rongo	127
Tamaráu	131
V. CUENTOS DE HÉROES Y HAZAÑAS	135
<i>Introducción</i>	136
El vigor de Kahurangi	137
Taukata y Hoaki	143
El hallazgo de Tautini	147
Tamare	151
Tautoru, el cazador	155
El rapto de Rona	157
El talismán de Pukehoke	161
Hononga	165
<i>Postfacio del editor</i>	171
<i>Breve glosario</i>	175
<i>Mapa de Aotearoa</i>	185